

## LA FIGURACIÓN SIMBÓLICA DE LOS PRINCIPIOS DEL PLACER Y DE LA REALIDAD EN EL MITO DE EDIPO. (1912f).



### Sándor Ferenczi

Schopenhauer escribe:<sup>1</sup> “Toda obra procede de una buena idea que conduce al placer de la concepción; sin embargo, su nacimiento, su realización, al menos en mi caso, acontece con dolor; pues entonces soy frente a mí mismo como un juez inexorable ante un preso tendido en el potro, a quien obliga a responder hasta que no tiene nada más que preguntarle. Casi todos los errores e inefables locuras de que están repletas las doctrinas y las filosofías, creo que son el resultado de la ausencia de esta honradez. Si la verdad no ha sido descubierta, no es por no haberla buscado, sino a causa del deseo de descubrir en su lugar una concepción ya elaborada, o, al menos, de no lastimar una idea querida; para ello ha sido preciso emplear subterfugios, en contra de todo y del propio pensador. El coraje de ir hasta el fin de los problemas es lo que hace al filósofo. Debe ser como el Edipo de Sófocles que, tratando de aclarar su terrible destino, prosigue infatigablemente su búsqueda, incluso cuando adivina que la respuesta sólo le reserva horror y espanto. Pero la mayoría de nosotros lleva en su corazón una Yocasta que suplica a Edipo por el amor de los dioses que no siga adelante; y nosotros cedemos y por esto la filosofía está donde está.<sup>2</sup> De la misma manera que Odín en la puerta del infierno pregunta incesantemente a la vieja pitonisa en su tumba sin preocuparse de su reticencia, de su rechazo y de las súplicas para que la dejen en paz, el filósofo debe interrogarse a sí mismo sin tregua. Sin embargo, este coraje filosófico, que corresponde a la sinceridad y honradez en la investigación que me atribuí, no surge de la reflexión y no puede ser erradicado a la fuerza, sino que es una tendencia innata del espíritu”.

La profunda sabiduría concentrada en estos párrafos merece ser discutida y comparada con los resultados del psicoanálisis.

Lo que dice Schopenhauer sobre la actitud psíquica necesaria para la producción científica (filosófica) parece ser una aplicación a la teoría de la ciencia de las tesis de Freud referida a “los principios que rigen los fenómenos psíquicos”.<sup>3</sup> Freud distingue dos principios: el principio del placer, que en los seres primitivos (animales, niños, salvajes) y en los estados mentales primitivos (sueño, chiste, fantasía, neurosis, psicosis), desempeña el papel principal y activa procesos que tratan de conseguir el placer por el camino más corto, mientras que la actividad psíquica rechaza los actos que podrían conducir a sentimientos desagradables (rechazo); y el principio de realidad, que presupone un mayor desarrollo y un estadio superior del aparato psíquico, caracterizado porque en lugar del rechazo que excluye una parte de las ideas como fuente de desagrado, aparece el juicio imparcial que debe decidir si una idea es justa o falsa, es decir, de acuerdo o no con la realidad, mediante una comparación con los rasgos mnésicos de la realidad.

Sólo una categoría de actividades mentales no está sometida a la prueba de la realidad, incluso tras la introducción del principio superior: la fantasía; y la ciencia es la que supera con más éxito el principio del placer.<sup>4</sup>

1.- Carta a Goethe, del 2 de noviembre de 1815.

2.- Este pasaje no está subrayado en el original.

3.- Freud: *Jahrbuch der Psychoanalyse*, v. III, p. I.

4.- Freud: *loc. cit.*, p. 4.

La concepción de Schopenhauer citadas más arriba, sobre la disposición espiritual necesaria para una actividad científica, podría expresarse, en la terminología de Freud, del modo siguiente: el pensador puede (y debería) dar libre curso a su imaginación para poder degustar el “placer de la concepción” –además resulta casi imposible conseguir nuevas ideas de otra manera,<sup>5</sup> pero, para que estas nociones imaginarias puedan convertirse en ideas científicas, deben superar primeramente la dura prueba de la realidad.

Schopenhauer ha visto claramente que, incluso en un sabio, las resistencias más fuertes a una de realidad libre de prejuicios no son de orden intelectual sino afectivo. Incluso el sabio está sujeto a las debilidades y a las pasiones humanas: vanidad, envidia, prejuicios morales y religiosos que, frente a una verdad desagradable, tienden a cegarle, y se halla muy propenso a tomar por verdad un error que coincide con su sistema personal. El psicoanálisis no puede completar el postulado de Schopenhauer más que sobre un solo punto. Ha descubierto que las resistencias internas pueden fijarse la primera infancia y llegar a ser totalmente inconscientes; del mismo modo exige a todo psicólogo que vaya a dedicarse al estudio del psiquismo humano, que proceda antes a una exploración profunda de su propia estructura mental, hasta las capas más escondidas y con ayuda de todos los recursos de la técnica analítica.

Los afectos inconscientes pueden deformar la realidad no sólo en psicología sino también en todas las demás ciencias; de manera que debemos formular el postulado de Schopenhauer de la forma siguiente: todo trabajador científico debe someterse primero a un psicoanálisis metódico.

Las ventajas que tendría la ciencia si el sabio se conociera mejor son evidentes. Una gran porción de energía, desperdiciada actualmente en controversias pueriles y en conflictos de prioridad, podría ser consagrada a objetivos más serios. El peligro de “proyectar en la ciencia las particularidades de su propia personalidad atribuyéndoles un valor general”<sup>6</sup> sería mucho menor. Al mismo tiempo, la hostilidad con que se reciben hoy las ideas originales o las proposiciones científicas sostenidas por autores desconocidos a quienes no apoya ninguna personalidad relevante, sería sustituida por una prueba objetiva más imparcial. Me atrevería a sostener que, si se observara esta regla de autoanálisis, la evolución de las ciencias que hoy día es sólo una sucesión ininterrumpida de revoluciones y de reacciones que consumen mucha energía, tomaría un rumbo mucho más regular y al mismo tiempo más rentable y rápido.

No es un azar que Schopenhauer haya pensado de inmediato en el niño de Edipo para ilustrar con una analogía la actitud psíquica apropiada a la producción intelectual del sabio, y a las resistencias internas que se oponen a este modo de trabajo. Si se había convencido –como nosotros, los psicoanalistas- de que todo acto psíquico es estrictamente determinado y determinable, este pensamiento le habría dado que pensar. Para nosotros, que tenemos la suerte de disponer de la psicología freudiana (que, como una palanqueta mental, abre todas las cerraduras consideradas hasta ahora inaccesibles), no es difícil completar este análisis. Schopenhauer, con esta idea, ha demostrado su percepción inconsciente de que la más poderosa de las resistencias internas es la que está constituida por la fijación infantil de las tendencias hostiles hacia el padre e incestuosas hacia la madre.

Estas tendencias que han llegado a ser muy penosas debido a la civilización, a la raza y al individuo, y en consecuencia rechazadas, arrastran con ellas en el rechazo a gran número de ideas y de tendencias ligadas a los mismos complejos, excluyéndolos de la libre circulación de las ideas o al menos impidiendo que sean tratadas con objetividad científica.

El “complejo de Edipo” no es sólo el complejo nuclear de las neurosis (Freud); la actitud adoptada respecto a él determina los principales rasgos del carácter de un sujeto normal, lo mismo, en parte, que la facultad de objetividad del sabio. Un hombre de ciencia al que la barrera del incesto impide reconocer las tendencias de amor y de irrespetuosidad que surgen en él hacia las personas de su familia, no querrá ni podrá verificar con imparcialidad científica la exactitud de los actos, trabajos y pensamientos de los personajes investidos de una autoridad que recuerda la paterna, debido al hecho de la necesidad de rechazar tales inclinaciones.

---

5.- Ver Robieschek “Symbolisches Denken in der chemischen Forschung” *Imago*, Jahrg, I, Heft, I.

6.- Freud: “Ratschläge, etc.”. *Zentralbl. f. Psychoanalyse*. Jahrg. III.

El desciframiento de los contenidos emocional e intelectual disimulado en el texto del mito de Edipo, superada incluso las posibilidades de un Schopenhauer tan lúcido por lo demás. Desconoció —como todo el mundo civilizado antes de Freud— que este mito es sólo una fantasía del deseo, la proyección sobre una potencia exterior, “el destino”, de deseos rechazados (odio al padre, amor a la madre) con un valor-placer de signo inverso (repulsión, horror). El filósofo estaba muy lejos de reconstruir el verdadero sentido del mito y de interpretarlo como un “fenómeno material” (utilizando la terminología de Silberer). Mientras escribía esta carta, estoy persuadido de que se hallaba bajo el influjo de afectos que excluían esta comprensión.

La continuación de la carta nos muestra la ocasión en que Schopenhauer se sintió empujado a compararse con Edipo. Por primera vez el filósofo olvidado se veía reconocido por un hombre tan importante como Goethe. Le respondió expresándole su gratitud en términos inesperados por parte de Schopenhauer, tan altivo y tan consciente de su valía: “La carta tan bondadosa de vuestra Excelencia me ha colmado de placer, pues todo lo que viene de vos tiene para mí valor inestimable, sagrado. Además, vuestra carta contiene un elogio de mi obra y vuestra aprobación es para mí más precisa que la de cualquier otro”.

Se trata verdaderamente de la expresión de un agradecimiento dirigido a un superior respetado, cuya protección se espera desde hace mucho tiempo, es decir, en quien se espera volver a encontrar al padre. Al lado de Dios, del soberano y de los héroes nacionales, los héroes espirituales como Goethe son como los “mensajeros” del padre a los ojos de muchos hombres que transfieren sobre ellos los sentimientos de reconocimiento y de respeto dirigidos anteriormente hacia el padre verdadero. Sin embargo, la alusión al mito de Edipo puede también ser considerada como una reacción inconsciente a esta expresión de gratitud —puede que algo extravagante— hacia el padre, reacción que, debido a la actitud emocional fundamentalmente ambivalente del hijo hacia el padre, ha permitido también la manifestación de las tendencias hostiles.

El final de la carta lo confirma: el tono es cada vez más firme y seguro. Schopenhauer propone a Goethe contribuir a la publicación de su obra principal (*Die Welt als Wille und Vorstellung*), y a partir de entonces lo trata como a un igual; elogia el valor excepcional de su libro, la originalidad de su contenido, sus cualidades estilísticas, terminando con un tono de objetividad bastante frío, mediante unas líneas de estilo seco: “Os ruego que me comunicuéis una respuesta en firme lo antes posible, pues en caso de que no aceptéis mi proposición encargaré a una persona que parte para la feria de Leipzig que me busque un editor”.

Es posible que precisamente porque su atención se hallaba desviada de la interpretación concreta, Schopenhauer pudiera descifrar en esta carta el “simbolismo funcional” de determinados fragmentos del mito de Edipo (que hasta ahora han escapado incluso a los psicoanalistas).

Silberer llama “fenómenos simbólicos funcionales” a las imágenes que surgen en los sueños, fantasías, mitos, etc., que, en lugar de ilustrar el contenido del pensamiento o de la fantasía, representan indirectamente el modo de funcionamiento psíquico (fácil o difícil, inhibido, etc.).<sup>7</sup>

Si aceptamos la comparación de Schopenhauer y la traducimos al lenguaje psicoanalítico, debemos afirmar que los dos héroes principales de la tragedia de Sófocles simbolizan también los dos principios de la actividad psíquica. Edipo “que, prosiguiendo su búsqueda infatigable de la revelación sobre su terrible destino, aunque adivina el espantoso horror que le reserva la respuesta”, representan el principio de realidad del espíritu humano que impide el rechazo de las ideas incidentales, por penosas que sean, exigiendo que se sometan todas a la prueba de la realidad. Yocasta, “que suplica a Edipo, por amor de los dioses, que no prosiga su investigación”, es la personificación del principio del placer que, sin preocuparse de la realidad objetiva, sólo pretende ahorrarse al yo todo sentimiento penoso, procurándole el máximo placer, y, para conseguirlo, aparta de la conciencia en la medida de lo posible todas las representaciones o ideas susceptibles de suscitar el desagrado.

Animados por la interpretación de Schopenhauer y por su sorprendente confirmación analítica, arriesguémonos un poco más y preguntémonos si el mito de Edipo, como la Saga de Edda citada también por nuestros filósofos, encarna por azar el principio de realidad mediante un hombre (Edipo, Odín) y el

---

7.- Ver los trabajos originales y fecundos de Silberer sobre el simbolismo, en particular los publicados en el *Jahrbuch der Psychoanalyse*. V. I, III.

principio de placer mediante una mujer (Yocasta, Edda). Por regla general, los psicoanalistas no tienen costumbre de pronunciarse sobre la noción de “azar” y tienden más bien a atribuir a los pueblos griegos y teutón, como a Sófocles y Schopenhauer, un conocimiento inconsciente de la bisexualidad de todo ser humano. Schopenhauer dice que la mayoría de los seres humanos llevan dentro de sí tanto a Edipo como a Yocasta. Esta interpretación coincide con la observación habitual de que la tendencia al rechazo —es decir, el principio del placer— prevalece en general en la mujer, mientras que la aptitud para el juicio objetivo y la tolerancia para la percepción de las verdades desagradables —es decir, el principio de realidad— dominan al hombre.

Quien posea una afinada experiencia en psicología individual podrá indudablemente descubrir e interpretar numerosos símbolos significativos en la tragedia de Sófocles. Sólo voy a señalar dos particularmente llamativos, ambos pertenecientes a la categoría de los “fenómenos simbólicos somáticos” (Silberer), que reflejan, en consecuencia, estados físicos. Para comenzar, tenemos el nombre del héroe de la tragedia, Edipo, que en griego significa “pie inflado”. Este nombre extraño y absurdo en apariencia adquiere sentido cuando nos enteramos de que en los sueños y en los chistes, igual que en el fetichismo del pie o en la fobia neurótica del mismo, el pie simboliza el órgano sexual masculino.<sup>8</sup>

La hinchazón del miembro, señalada en el nombre del héroe, queda suficientemente explicada por su erectilidad. Por consiguiente, no debemos sorprendernos de ver al mito identificar al falo con el hombre que ha realizado el destino monstruoso de tener relaciones sexuales con su madre, destino considerado indudablemente como sobrehumano.

El fenómeno simbólico-somático es el hecho de que Edipo se arranca los ojos en castigo de los crímenes cometidos inconscientemente. Ciertamente el autor trágico explica este castigo: “Sí, ¿qué podía ver ya que me satisficiera?”<sup>9</sup>, hacer gritar a Edipo (no sin equívoco por lo demás). Pero la experiencia psicoanalítica está mejor informada a este respecto que el propio Edipo: sabe que con frecuencia los ojos son una representación simbólica de los órganos genitales, autorizándonos de este modo a interpretar el acto de arrancarse los ojos como un desplazamiento de la autocastración —la pena del talión—, que es la verdadera intención de Edipo y resulta más comprensible en este contexto. Sin embargo, a la horrorizada pregunta del corifeo responde:

- “Oh, ¿qué has hecho? ¿Cómo has podido destruir tus pupilas? ¿Qué dios empujó tu brazo?”

El héroe responde:

- “¡Apolo, amigos míos!; sí, es Apolo quien me inflige en esta hora estas atroces desgracias que son mi destino, mi destino a partir de ahora”.

En otros términos, era el sol (Febo, Apolo) el más tiránico de los símbolos paternos,<sup>10</sup> al que el héroe no debía volver a mirar; se podría ver aquí un segundo factor desplazando el castigo de castración al de ceguera.<sup>11</sup>

Una vez asimiladas estas interpretaciones, podríamos sorprendernos de que el alma popular haya

---

8.- La interpretación de Ferenczi sigue siendo válida si nos remitimos a la interpretación del hombre de Edipo que da el propio Sófocles: el criado que fue encargado de matar a Edipo recién nacido le agujereó los talones y pasó por ellos una cuerda para llevarlo. (N.d.T.).

9.- Todas las citas están extraídas de la traducción de Paul Mazon, *Livre de Poche*. (N.d.T.).

10.- Freud: “Nachtrag zur Analyse Schrebers”. *Jahrbuch der Psychoanalyse*, Bd. III.

11.- Esta interpretación de símbolos le sonarán de inmediato al psicoanalista experimentando; puede hallar numerosas confirmaciones en sus análisis de sueños. Sin embargo, mientras releía artículo supe por el doctor Otto Rank que la exactitud de la explicación del nombre de Edipo propuesta aquí y la interpretación de sacarse los ojos como símbolo sexual habían sido rigurosamente verificadas por los estudios de mitología comparada. En su reciente obra “Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage”, estas interpretaciones están confirmadas por una rica colección de datos que las hacen accesibles, incluso al no analista.

podido concentrar en este mito el conocimiento del contenido psíquico esencial, el complejo nuclear del inconsciente (es decir, el complejo parental), y la forma más general y más amplia de la actividad psíquica. Sin embargo podemos, comprenderlo estudiando en los trabajos mito-psicológicos fundamentales de Otto Rank la forma en que trabaja el alma poética popular. Rank ha mostrado con un hermoso ejemplo<sup>12</sup> que cada poeta “consigue, bajo la influencia de sus propios complejos, sacar a la luz determinados aspectos del material transmitido”. Sin embargo, las producciones llamadas populares deben también ser consideradas como la obra de individuos numerosos o innumerables que inventan, transmiten y embellecen la tradición. “Sólo de esta forma, dice más adelante, será considerada la historia por una serie de espíritus individuales orientados de modo similar trabajando todos en el mismo sentido, a veces durante generaciones, para separar los temas humanos universales y para librarlos de los elementos accesorios perjudiciales.”

He aquí cómo podríamos imaginar el proceso de cristalización descrito por Rank tras esta doble interpretación del mito de Edipo:

Cada contenido psíquico significativo pero inconsciente (fantasías agresivas respecto al padre, deseo sexual hacia la madre con atisbos de erección, temor a la castración por el padre en castigo de las intenciones culpables) ha suscitado una representación simbólica indirecta en la conciencia de todo hombre. Los individuos dotados de capacidades creadoras particularmente desarrolladas, los poetas, han dado una expresión a estos símbolos universales. De esta forma han podido nacer, separada e independientemente uno de otro, los diferentes temas míticos de exposición por los padres, de victoria sobre el padre, de relación sexual inconsciente con la madre, y de privación voluntaria de los ojos. A medida que el mito iba pasando por los innumerables espíritus poéticos individuales (según la hipótesis bien perfilada por Rank), la condensación de los diferentes temas ha originado secundariamente una unidad más basta, que ha subsistido y se reproduce de forma casi idéntica en todos los pueblos y en todos los tiempos.<sup>13</sup> Sin embargo, es probable que en este mito como en todos los demás y hasta en toda la producción psíquica se manifieste, paralelamente a la tendencia a la simbolización de los contenidos psíquicos, el objetivo inconsciente de representar los mecanismos psíquicos, que rigen tales contenidos.<sup>14</sup> Esta última función es la que produce por fin el mito de Edipo, que no sólo es una representación en imágenes de los complejos de ideas y de afectos más profundamente rechazados de la humanidad, sino también la expresión del juego de los procesos que intervienen para organizar tales contenidos, y que varían según el sexo y la personalidad.

Dejemos que sean algunos pasajes de la tragedia los que muestren la exactitud de esta interpretación.

- Edipo: ¿Cómo no tener el hecho de mi madre?

- Yocasta: ¿Qué tiene que temer un mortal, juguete del destino, que no puede prever nada seguro? Vivir al azar si se puede es con mucho lo mejor.<sup>15</sup> No temas el himen de una madre; muchos mortales han compartido en sus sueños el hecho materno. Quien atribuye poca importancia a tales cosas es quien vive más alegremente.

- Yocasta (a Edipo que, buscando la terrible verdad, ha mandado venir al único testigo del crimen): ¡Y no importa de lo que hable! No te preocupes es absoluto. De todo lo que te ha dicho no conserves ningún recuerdo. ¡Para qué!

- Edipo: Imposible. He conseguido ya demasiados indicios para renunciar ahora a esclarecer mi origen.

- Yocasta: ¡No, por los dioses! Si estimas la vida no hablemos más de ello. Ya es bastante con que yo sufra.

-Yocasta: Detente, créeme, te conjuro a ello.

- Edipo: No te creeré, quiero saber la verdad.

---

12.- Rank: “Der Sinn der Griselda-Fabel”, *Imago*, Jahrg. I, Heft 1.

13.- Ver a este respecto, Rank: *Der mythos von der Geburt des Helden*, Schriften zur angewandten Seelenkunde, Heft V.

14.- Silberer, a quien debemos la noción de simbolismo funcional, cita una larga serie de mitos y cuentos que podrían traducirse en fenómenos simbólicos materiales y funcionales (“Phantasie und Mythos”, *Jahrbuch der Psychoanalyse*, Bd. II).

15.- Los pasajes subrayados no lo están en el original.

- Yocasta: Sé lo que digo. Ya vale, mi parecer es acertado.
- Edipo: ¡Muy bien!, tus opiniones acaban exasperándome.
- Yocasta: ¡Ah, jamás podrás saber quién eres!
- Edipo: ¡Eh!, ¡que estallen todas las desgracias posibles! Pero deseo saber mi origen, por humilde que sea.
- El criado (que había recibido la orden de matar a Edipo recién nacido, pero que prefirió abandonarlo en el campo): ¡Maldición!, he de decir la cosa más cruel.
- Edipo: yo tendré que escucharla; pero a pesar de todo la escucharé.

“La Yocasta en nosotros”, como dice Schopenhauer, o el principio del placer en nuestra terminología, quiere que el hombre se vea obligado a “vivir al azar, como se pueda, pues es con mucho lo mejor”, que suprima lo que le perjudica, es decir, que rehúse en virtud lo la más superficial de las motivaciones, a atribuir la mínima significación a las fantasías y a los sueños relativos a la muerte del padre y a las relaciones sexuales con la madre, a prestar atención a las palabras desagradables y dañinas, a buscar el origen de las cosas, y por encima de todo, a aprender quién es.

Sin embargo, el principio de realidad, el Edipo que hay en todo ser, no se deja desviar de la verdad, aunque sea amarga o terrible, por las reducciones del placer; nada le parece indigno de verificación; no le da vergüenza explorar las predicciones surgidas de la superstición o de los sueños, para encontrar allí el núcleo de la verdad psicológica, y aprende a soportar la idea de que el fondo de su alma recela de los instintos agresivos y sexuales que ni siquiera detienen las barreras erigidas por la civilización entre padres e hijos.

**Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo I, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).**

*Volver a Selecciones Ferenczianas*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).